

PREGÓN DE LAS FIESTAS DEL CORPUS CHRISTI DE TOLEDO DE 2009

por

Maria José Muñoz García

Supe que sería la pregonera del Corpus unos días antes de que los toldos comenzaran a izarse sobre la ciudad preparándola para la Fiesta, para el torneo medieval sin magos ni princesas. Cada día, en mi camino al periódico desde casa, observaba con una curiosidad nueva nacida del inesperado encargo el desarrollo del trabajo de los peones, subidos a las alturas como abanderados de un estandarte largo y etéreo que día a día, tramo a tramo, cubría la ciudad vieja aislándola del mundo, cobijándola, acunándola hasta convertirla en envoltorio de regalo. Una ciudad transformada en presente, en obsequio en sí misma.

Seguramente, vista desde el espacio exterior, donde están instalados los satélites de la civilización puntera, podría parecer una cometa lista para surcar los cielos.

Pero no.

El periodista Gonzalo Almenara decía que Toledo, en el Corpus, pasa a ser, con sus toldos al viento, una isla que navega hacia el espíritu.

Más tarde, descubrí que el mundo marino también se atisba en la creación del poeta José García Nieto -premio Nacional de Literatura y Premio Cervantes- precisamente en su referencia a la procesión del Corpus de Toledo, ciudad donde vivió de los 8 a los 14 años.

Era Zocodover un crisol vivo;
 las calles, de violeta, despeñaban
 ríos de sombra de las altas velas
 -Toledo era una nave empavesada-,
 que, heridas por el viento, dulcemente,
 unían los tejados de las casas.

Dice de García Nieto otro poeta, el talaverano Joaquín Benito de Lucas, que “a partir de esa fuente nutricia que es la infancia toledana, el poeta llevará siempre la lámpara encendida para buscar a Dios entre sus criaturas”.

Buscar a Dios, o encontrarlo sin buscarlo, parece más fácil en Corpus; quizá baste con conversar con el hombre que siempre va con nosotros porque, como dijo Antonio Machado plasmando en versos los recuerdos de su infancia en aquel patio de Sevilla: “quien habla sólo espera hablar a Dios un día”.

La infancia, el mar, el Corpus, la poesía. Y, para mí, el poeta de poetas, Federico García Lorca, del que siempre el recuerdo de su muerte atroz ensombrece el alma. Lorca es un ejemplo claro y rotundo de que las ideologías políticas, sean cuales sean, no pueden con el espíritu, que éste trasciende la perspectiva terrenal y acerca a determinados hombres, irremediablemente, a lo sagrado.

Escuchen si no cómo describe el poeta granadino, muerto una negra madrugada de odio fratricida, en su “Oda al Santísimo Sacramento del Altar”, lo que año tras año, se pasea por las calles de nuestra ciudad milenaria bajo una Custodia hecha del oro de las Américas, el Dorado mítico, en forma blanca y redonda, como su luna llena:

Es así, Dios anclado, como quiero tenerte.
 Panderito de harina para el recién nacido.
 Brisa y materia juntas en expresión exacta,
 por amor de la carne que no sabe tu nombre.
 Es así, forma breve de rumor inefable,
 Dios en mantillas, Cristo diminuto y eterno,
 Repetido mil veces, muerto, crucificado
 por la impura palabra del hombre sudoroso.
 Cantaban las mujeres en la arena sin norte,
 Cuando te vi presente sobre tu Sacramento.
 Quinientos serafines de resplandor y tinta
 en la cúpula neutra gustaban tu racimo.
 ¡Oh forma sacratísima, vértice de las flores,
 donde todos los ángulos toman sus luces fijas,
 donde número y boca construyen un presente
 cuerpo de luz humana con músculos de harina!

Son versos éstos del Lorca ignorado que cautivó al cardenal Marcelo González.
 ¡Quién lo hubiera dicho!

Pues sí, el famoso primado español quedó rendido a los pies del poeta cuando leyó las cartas que desde Nueva York enviaba a sus padres a Granada, y en las que hablaba del “portentoso, bellísimo, sin igual, catolicismo español..., la cordialidad en la adoración al Sacramento”, que –decía el poeta- “son en España de una absoluta personalidad y de una enorme poesía”.

Como expliqué el año pasado en un artículo para el número especial del Corpus, tras leer las cartas del poeta, don Marcelo escribió una Tercera en ABC bajo el título “Lorca y la liturgia católica”, que provocó cartas de sentido y sincero agradecimiento tanto de Pepín Bello, el último poeta de la Generación del 27 y amigo fraternal de Federico, como de la hermana de éste, Isabel, quienes felicitaban al prelado por haber descubierto al Lorca auténtico y haber sacado a relucir esta importante faceta de su personalidad, la religiosa.

En 1998, cuando se conmemoró el centenario de su nacimiento, escribí un artículo con el título de “Corpus Lorquiano” en el que lamentaba que su absurda muerte truncase el desarrollo biológico de una fuerza creadora como pocas habrá en el panorama literario universal, y dejó sin respuesta muchas preguntas: ¿Cómo habría reaccionado Lorca tras un viaje a la India?, ¿qué habría traído consigo del corazón del África negra? O, ¿por qué no?, ¿habría sido el Corpus toledano objeto de alguno de sus poemas?

Sabemos que Federico visitó en varias ocasiones Toledo; que leyó por primera vez sus “Bodas de Sangre” en el “Cigarral de Menores”, propiedad del médico y humanista Gregorio Marañón, que lloraba al oír aquello de labios del poeta; que se tiró vestido a la piscina de esta casa harto de escuchar el sonido monocorde de la conversación del pesimista Unamuno, pero... ¿tuvo ocasión de contemplar la procesión del Corpus?

Creo que Lorca habría captado como nadie el “duende” de nuestra Día Grande, ese que en nada comulga con el engalanamiento recargado y la mirada dominguera. El poeta habría alucinado con la luz, con el fuego irisado de la Custodia de Arfe; con la hostia blanca y redonda como su luna de polisón de nardos.

Y habría animado la fiesta en los toros, habría abierto el corazón de los toledanos y se habría ganado incondicionales en esta tierra también de olivos, como la suya. Seguro que Lorca, tan familiar y enraizado en la tierra, se uniría a los que piden el Corpus en jueves, porque él sabía captar lo que subyace en las periódicas repeticiones de los siglos y los días de los hombres. Y entendería el

sentido profundo de la fiesta del Cuerpo de Cristo como custodia de todos los buenos sueños, las bellas ideas y los altos sentimientos.

¡Quién tuviera un García-Lorca todos los Corpus para contar a los cuatro vientos esta fiesta tan nuestra, tan toledana!, ¡Imagínense qué pregonero sobre las tablas de este Teatro de Rojas para cantar al mundo la égloga de ese cuerpo de luz humana con músculos de harina!

De momento, ahora mismo, no tienen más remedio que conformarse con esta pregonera, una periodista del “pelotón” -como se calificaba él mismo y por eso yo lo repito con orgullo- mi querido y recordado don Luis Moreno Nieto, maestro de periodistas.

Hace unos días, en la casa de mi madre, -cuando ya sabía, entre incrédula y agradecida, que sería la pregonera de este Corpus que llega-, ella cogió de la librería su indispensable “Diccionario Enciclopédico de Toledo y su Provincia”, y lo abrió por la palabra Corpus. Mi padre, a quien recuerdo cada día desde hace doce años, había subrayado algunas líneas que el entrañable periodista utilizaba en su definición sobre la Fiesta Grande de Toledo: “intensa, breve, limpia de paganía”, saltaban las palabras subrayadas a bolígrafo.

Y escribía Don Luis: “El viejo arcón, que es la ciudad, se abre ese día y muestra su secreto al asombrado viajero. Es como si toda la tradición, toda la historia y todo el arte que los siglos fueron acumulando sobre la vieja capital del Imperio, inmóviles y como petrificados todo el año en sus callejas y en sus monumentos, despertasen súbitamente al alba de la gran jornada eucarística y, tomando nueva vida, se descolgasen de los altos muros conventuales y las espadañas monásticas para rebullir palpitantes y casi tangibles al paso de la mejor custodia del mundo por las estrechas calles del itinerario procesional”.

Cerré el libro turbada. Fue un momento mágico en el que mi padre y el viejo periodista de la cabellera plateada se aliaron conmigo para guiarme en la difícil confección de este pregón. Curiosamente, en todo el libro, tan sólo aparecía subrayada la definición del Corpus, según pude comprobar tras leer la dedicatoria: “Al doctor Muñoz García, cordialmente. Luis Moreno Nieto. Toledo 25 de noviembre de 1985”. Hace pues 24 años de aquella alianza a mi favor.

¡Veinticuatro años! Aún me faltaban algunos para ejercer este oficio de las letras y la comunicación. Unos años aquellos que me mantuvieron alejada, física y mentalmente, de esta fiesta y de esta ciudad eterna.

Pero pronto, mucho antes de lo que hubiera imaginado, el destino me tenía reservado el ingreso en una redacción de periódico. Y fue aquí, en Toledo, donde mi encuentro con el náufrago de la isla que navega me ancló gratamente a la ciudad y al Casco Histórico, lugar a bordo del cual navegamos desde entonces. Una travesía en la que más tarde se enrolaron Sara y Silvia haciendo aún más vertiginoso el camino de la vida.

La mía tuvo su germen en otra singladura, la que emprendió mi tío Paco hace ya tantos años desde Águilas, donde nació mi padre, a África, a Melilla -cruzando el Mediterráneo en un barco pesquero- para acudir a la boda de su hermano Juan. De nuevo el mar uniendo tierras, culturas y sentimientos. De nuevo el mar acariciando orillas, como acaricia el Tajo la costa de Toledo, ríos de culturas, de razas y antiguas religiones compartiendo tierras, calles y recuerdos.

Melilla, Madrid y, con sólo tres años, Toledo. Aún recuerdo los voceros vespertinos anunciando la salida del periódico “El Alcázar” cuando la niña que era entonces se tenía que ir a dormir. Quizá aquel sonido anidó tan dentro durante mis sueños que no tuve más remedio que ser periodista.

Y eso es lo que soy y no pretendo más, porque no sé hacer otra cosa, la verdad. Desde entonces cubriendo la actualidad de una ciudad, Toledo, sus gentes, sus desvelos y alegrías; el paso cíclico de las estaciones y el devenir político y social. Y también religioso, que recobra un brillo especial cuando llega la primavera y la ciudad comienza a engalanarse para un torneo sin princesas ni castillos, pero sí con dragones, tarascas y gigantones en la víspera festiva más simbólica que existe.

Y así, año tras año, igual que las hermandades y cofradías se aprestan a entrar en la fiesta; o las calles se engalanan con el detalle preciso por obra y gracia de la Junta Pro-Corpus –que el próximo año celebra su 40º aniversario y tendríamos que rendirle homenaje-, o el Cabildo catedralicio trabaja duro para la gran procesión; lo mismo que ellos, un ejército de periodistas afilamos entonces nuestra pluma y enfocamos la lente para unirnos a la gran arquitectura en la que aportamos un trabajo indispensable: contar lo que pasa, Corpus tras Corpus, periódico a periódico, hasta el punto de que nos hemos especializado en la materia, y todos, redactores y fotógrafos, podríamos tener el título de “Cuentacorpus”.

Apostados aquí o allá, en este tramo o en aquel otro del recorrido procesional, o subidos a los balcones del Gobierno Civil donde se da cita –dicen- lo más granado del mundo político y social, los periodistas contamos al mundo lo que

ocurre en una ciudad en estado de gracia y en la que, por mucho que nos empeñemos, no existe la rutina.

Porque ningún Corpus es igual a otro Corpus, y marcan los acontecimientos políticos, como las elecciones, recién celebradas las municipales y autonómicas o a punto de celebrarse las europeas, como ahora. Y también algún que otro incidente, como el de aquel gobernador civil que se negó a desfilar tras el rifirrafe mantenido en la catedral por un asunto de protocolo con otro político de signo contrario; o el inusitado retraso de aquella procesión, hace algunos años, motivado por un incidente electoral que causó hondo disgusto en un primado.

Y detrás de todo, el Corpus en Jueves, al que los toledanos y algún cardenal nos resistimos a dejar marchar en virtud de las normas político-laborales.

Pero los periodistas, los “cuentacorpus”, también tenemos nuestro corazón, y la emoción nos hace vibrar como al resto de toledanos cuando pasa la Custodia o la lágrima de un cofrade resbala por su mejilla. Recuerdo un Corpus, hace muchos, cuando junto a mi colega Valle Sánchez estábamos cubriendo la Fiesta encaramadas a la balconada del Gobierno Civil, donde otros periodistas, de fuera de la ciudad, contemplaban la procesión.

En un espontáneo gesto de provocación juvenil, las dos prorrumpimos en fuertes aplausos y vítores al paso de los cadetes de la Academia de Infantería, que portaban la bandera. Las miradas de nuestros colegas iban de la estupefacción al rictus casi mortem, mientras que nuestra crónica del día siguiente narraba que el Ejército se había alzado con la victoria sobre los políticos en el tradicional “aplausómetro” que aplicamos en cada procesión en nuestras crónicas. ¡Ah, aquellos años! Eran otros tiempos, otras formas, y hoy las fuerzas armadas están de moda y la publicidad institucional de los ministerios finaliza siempre con la coletilla de “Gobierno de España”, aunque de vez en cuando aún resuene el “Himno sin letra” de otro poeta de aquí, Jesús Maroto, a quien las musas esperan:

E de España (sí, así, en minúsculas)

S de santo y santa. Y seña,

P de país en el mundo.

A de alma española.

Ñ de españa cañí.

A ¿la a otra vez?

Pues sí.
Dos.
Como las españas.

La emoción en medio del trabajo, el factor humano. La tristeza. El año pasado, durante el Corpus en domingo, junto a mis compañeros contemplábamos la procesión desde uno de los balcones del Diario ABC, en Zocodover, La lluvia caía sin cesar sobre la comitiva procesional empapando las vestiduras de cofrades, políticos y religiosos. Por la tarde, con todo el dolor de mi corazón tuve que pasarle a mi colega Pilar una llamada telefónica que le anunciaba la muerte de su padre. Y nos pareció entonces a todos allí como si el Corpus hubiera llorado, una premonición de aquel día gris de cielos “guerrerianos”.

Me refiero, por supuesto, al genial pintor Guerrero Malagón, del que este año se cumplen cien años de su nacimiento aunque pocos se acuerden de ello y ningún organismo cultural haya conmemorado la efeméride como se merece. Yo, desde luego, no pierdo la esperanza de que algún día haya un Museo de Guerrero Malagón en Toledo. Sé que existen buenas intenciones, pero nunca está mal recordarlo, y qué mejor que este Pregón del Corpus para reivindicarlo.

Todos los cuadros que Guerrero Malagón pintó sobre el Corpus pertenecen a colecciones privadas. “Se los quitaban de las manos antes de terminarlos”, me contaba su hijo Mariano. Para el pintor toledano más representativo de la posguerra, el Corpus era color y luz, abandonando así de forma excepcional su cotidiano y mal entendido tenebrismo, pero manteniendo el profundo expresionismo que ahonda en el alma de los objetos.

Para un hombre que “sufría Toledo” tan profunda y espiritualmente como él, lo más lógico sería pensar que rechazaba el recargamiento y el ornato excesivo de la fiesta. Pero no era así. Guerrero Malagón vivía también el Corpus de forma apasionada, militante. Hubo épocas en que adornaba calles del recorrido procesional, como la de Sixto Ramón Parro, donde en la década de los 50 pintó ángeles sobre paneles. La profusa creación del pintor también dejó su huella en escaparates y en los primeros gigantones, con los que ganó el premio de un concurso ayudado por gitanos cesteros, que fabricaron la armadura de mimbre de estos seres temibles para los niños. Uno de ellos, el Heraldo, aún se conserva, y desfila en la víspera.

Durante toda su vida, el artista había presenciado la procesión a pie de calle, sin encaramarse a balcones o miradores. Se dirigía a la calle Alfileritos para ver el cortejo procesional, un lugar estrecho que invita al recogimiento. Pasados los años, junto a sus nietos, prefería las sillas del Arco de Palacio para admirar esa “explosión de luz y color” que rodea la soberbia presencia de la Custodia de Arfe. “Jamás se hará algo tan grande para elevar a Dios”, le decía el pintor a su hijo, Mariano Guerrero.

Lo mismo debió pensar de la Custodia el poeta García Nieto, cuando dice:

Pasaba Dios; pasaba el árbol mágico
de la casa de Dios. Dentro, Él estaba.
El artificio escalador del oro
se sucedía y se multiplicaba;
se dividía para hacerse mínimo
cerca de Dios con su oración tallada.
Porfiados encajes de columnas
ascensiones en flor se disputaban;
todo el deslumbramiento no podía
entenebrar la cereal crisálida.
Dios era Dios; bullía entre los oros,
nacía entre los oros, derramaba
sobre los hombres gratitud. Dios era
Dios. Veía en mi Dios arder la llama.
Dios era Dios, y dentro de mi pecho
todo su incendio se justificaba.
Es su poema “Corpus en Toledo”.

¿Cómo podríamos expresar lo inexpresable sin artistas, sin poetas, sin pintores...?

Para mí, uno de los cuadros más impactantes que se ha pintado sobre el Corpus es uno de Guerrero Malagón en que se ve el cortejo saliendo hacia la calle Trinidad por un estrecho callejón, por donde antiguamente pasaba la procesión. Por el callejón de Jesús y María sale la Custodia. El día se ha hecho noche. Los clérigos marchan abatidos, más que cabizbajos. Entre un público de máscaras, más que la fiesta de la exaltación del Santísimo Sacramento parecen los

funerales del mismísimo Dios. Un río de almas, de espíritus de siglos pasados que caminan junto a la Custodia haciendo el Corpus eterno.

Que cada uno encuentre su sentido a esta obra de arte, donde, por cierto, también sobrevuela las cabezas de la comitiva el toldo, elemento de casi 2.000 metros por el que siento una gran atracción y del que el canónigo de la catedral Cleofé Sánchez dice que hasta habla. “Los toldos son el adviento de la fiesta. En Toledo decir fiesta tiene un solo destino, añejo como el vino y sabroso como la miel: El Corpus Christi, que, para hacerlo más familiar, decir Corpus basta para Toledo”, dice Cleofé, para luego asegurar que “los toldos hablan. ¿No has reparado en su lenguaje?... Abigarrados de palabrería en conversaciones, tertulias y cortesías, caído ha el lenguaje del corazón. Con el corazón se oye el clamor de los toldos...”.

Espero que ustedes, creyentes o agnósticos, sepan escucharlos y comprender su lenguaje. Que los oigan en las calles, bajo los balcones, junto a sus amigos, padres o hijos; en la víspera embrujada en que “dudan los sentidos” de mi amigo y colega Juan Díaz; respirando los aromas desde la pituitaria al corazón por el camino de arbustos esparcidos a nuestro paso. En definitiva, que el Corpus Christi les sea propicio a todos ustedes y disfruten, rían e intenten, al menos, ser felices por un día.

Por cierto, en el Corpus de este año también me toca trabajar y junto a mis compañeros volveremos a contárselo gustosamente. Ya saben dónde encontrarnos. Lean periódicos, por favor.

Muchas gracias.